

entre la institución militar y la sociedad española, y creo también que fue el precedente para la posterior utilización generalizada de la justicia militar contra los disidentes del régimen franquista. Y entiendo que de esa situación fueron víctimas las dos partes, Ejército y sociedad, y yo diría que en cierta medida, más el primero, en definitiva utilizado por Gobiernos conservadores y dictatoriales para su propio provecho, mientras que se producía un deterioro progresivo de la institución y la frustración de muchos de sus miembros".

Describe Lezcano el asalto a las Redacciones de "El Resumen" y "El Globo", de Madrid, en 1895, como el comienzo de la lucha entre el poder militar y el poder civil para juzgar las inju-



Ricardo Lezcano.

rias al Ejército. A los reveses militares de la época se agregaría, en 1905, el incomprensible hundimiento del crucero "Cardenal Cisneros", al chocar contra una roca de la ría de Muros que no figuraba en las cartas hidrográficas españolas. El desarrollo del movimiento catalán sería otro factor de la que parecía generalizada campaña contra el Ejército, a la que un grupo de oficiales respondió en Barcelona quemando las Redacciones de "La Veu" y "¡Cu-cut!". El proyecto de suspensión de las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona, la caída del Gobierno de Montero Ríos, son hechos que desembocan ya en la vigente Ley de Jurisdicciones, no sin que el poder civil intentara inútilmente

definir los delitos contra la Patria y contra el Ejército, reservándose el derecho a juzgarlos.

Según un cuadro de Lezcano, en el que figuran 24 países, sólo en Perú y en España son los Tribunales militares los que juzgan los delitos de injurias al Ejército y a la Patria, sin considerar la condición de los acusados. En los restantes países, la jurisdicción militar se reserva para los delitos específicamente militares cometidos por militares.

El proyecto de Constitución supone ciertamente el final de esta singularidad española. Hecho que no deja de remitirnos a la siguiente cuestión fundamental: la evidencia de que esa singularidad es el producto de una realidad ideológica, y, por tanto, que es esa realidad —esa concepción de las relaciones entre el Ejército y la sociedad— la que deberá modificarse para que, antes o después, no se restablezca o mantenga lo que un periodista de

comienzos de siglo calificó de "funesto privilegio"...

El libro es, pues, historia y debate; recordatorio, testimonio y, también, interrogación. ■ JOSE MONLEON.

Cabrera Infante visto por Rosa María Pereda

Offenbach estaría de acuerdo conmigo porque sus acciones y reacciones se basaban en impulsos ingenuos y desprejuiciadamente emotivos: hermosura de la primigenio y lo espontáneo. Offenbach —largo y flaco; cabeza pequeña y triangular dominada por sus grandes ojos azules— le daría la razón a Rosa María Pereda cuando recuerda a Barthes: "Toda crítica debe incluir en su discurso (aunque sea del modo más velado y púdico) un discurso implícito sobre sí misma; toda

crítica es crítica de la obra y crítica de sí misma".

Offenbach —concluamos— también diría que no hay crítica inocente. Pero pese a esa declaración explícita que hace Rosa María Pereda de la imposibilidad de la crítica aséptica, concedámonos que asimismo son factibles los estudios objetivos e interesantes, aunque sean —podemos decirlo— "apasionados". Aventuremos un juicio: a la no pasión del crítico corresponde la falta de interés del lector. Resumamos, pues: son reales los estudios objetivos, interesantes y culpables de apasionada devoción (admiración) por la obra analizada, y sin que todo esto —creo— implique contrasentido.

Así, pues, Rosa María Pereda, desde la amistad y el cariño, pero también —insistamos— desde la objetividad, aborda la obra de ese funambulista volatinero del lenguaje que nació en Gibara, "un pueblecito de Oriente, esa

ADIOS A LAS LETRAS

El novelista y el filósofo

Pues se fastidió la derecha, porque la literatura, pobre invento incommunicable, los ganó de la mano en Madrid: un novelista, Ramón Tamames, y un filósofo, crítico literario, viejo profesor y poeta oculto, Enrique Tierno Galván, vencieron en las elecciones sobre un José Luis Álvarez que todavía no se lo cree. Tantos millones que colizo, habrá dicho, tantos "posters" que coloqué, y no soy capaz de comprar la voluntad del pueblo que se va, volétil, detrás de dos literatos. Detrás de dos literatos marxistas, habrá añadido, al observar que le escucha un periodista del "Ya".

André Bretón dijo que Tenerife era una isla surrealista. Si este hombre de pelo encrespado viviera aún, tendría que cambiar su definición, o al menos añadirle a la primitiva esta otra: Madrid, puloto, central, marchito y longevo, es también surrealista. ¿En qué otra ciudad europea es capaz de dominar la política de los literatos, en una era gerencial en la que el aburrimiento de los notarios arrasa con la frescura de los creadores?

Las primeras declaraciones de Tierno Galván, después de conocidos los resultados electorales, fueron tiernas y galvanizadas, como corresponde a un hombre que vivió en el limbo, de acuerdo con la estimación de Carrillo: "La Policía no volverá a pegar a los madrileños". Tenía que venir el viejo profesor para anunciar a los madrileños, con su lenguaje hegeliano, lo que Martín Villa jamás pudo asegurar.

Tierno y Tamames pueden gobernar literariamente la ciudad de Madrid. Al menos, es menester que así lo hagan, para que esta ciudad pierda la retórica alvarina, esa voz suave, bien trabada, de quien aprovechó la experiencia de la Alcaldía para escribir un libro y tratar de equipararse a sus inmediatos contrincantes. La lucha literaria por la Alcaldía de Madrid se fraguó entre la posibilidad de creación y la necesidad de recopilar datos sobre parques y jardines para poder escribir un libro. La irresistible tentación de publicar no es exclusiva de los escritores,

sino que también pica a ex alcaldes. Tamames y Tierno escribieron antes: uno hizo una novela y otro publicó ensayos ético-filosóficos de raíz marxista, una tendencia que a Álvarez le hace fruncir el ceño en las fotografías esas que parece que le hizo David Hamilton, el fotógrafo de "Billitis". La ventaja para la literatura española es que a lo mejor ahora Ramón Tamames no tiene tiempo, definitivamente, para proseguir sus novelas, a no ser que Tierno lo encierre en una celda municipal y le obligue a continuar aquella famosa y planetaria "Historia de Ello". Aunque nunca se sabe con Tamames: es capaz de subir en globo sin despegar del suelo. Tierno, en cambio, es como el personaje aquel de David Bowie: una gracia bajada del limbo, de la mano generosa de Santiago Carrillo y ayudado, con la mirada, por un Felipe González que todavía no ha escrito ningún libro en serio, pero que a lo mejor prepara su "Historia de Isidoro" encerrado en su escaño del Parlamento. Tierno vivirá ahora entre el limbo y un parque. En la plaza Mayor tomará el sol mientras espera la llegada de la inspiración de Hegel. Un día se va de esa plaza y escribe otro ensayo sobre Babeuf.

La posibilidad de que Madrid sea una ciudad socialista no es tan importante como la posibilidad de que llegue a ser surrealista, tomada candorosamente por la mano del viejo profesor, que enseñará que el marxismo no tiene dientes ni tala árboles para hacer edificios.

A Tierno empezó a tomarle cariño el propio lenguaje publicitario de las vallas. Al día siguiente de las elecciones, los obreros afanosos arrancaron los carteles que predicaban la honradez y que proponían a Tierno Galván como opción. En lugar de tales carteles publicitarios, los mismos obreros pusieron los de unos pantalones vaqueros marca Old Chap, una marca que en español significa viejo tipo, viejo amigo, viejo profesor. No podía hacerse una campaña sin anunciar el verdadero nombre de Tierno: Old Chap. ■ SILVESTRE CODAC.